

Bibliografía: Teología de la Caridad, Royo Marín.

### **Noción sobre el Espíritu Santo.**

El **Espíritu Santo** es, como ya dijimos, el término del amor nocional en Dios. Es el resultado del amor inefable con que se aman mutuamente el Padre y el Hijo.

He aquí cómo se verifica esta maravillosa procesión del Espíritu Santo. El Padre, contemplándose a sí mismo desde toda la eternidad, forma o engendra una Idea infinita que le representa y expresa totalmente. Es como su Verbo mental, una especie de Palabra substancial y viviente en la cual se dice y expresa todo entero. Viendo este Verbo, Imagen perfectísima de sí mismo reflejada en el espejo limpiísimo de la esencia divina, el Padre le ama con un amor sin límites. Y el Verbo, que es la Luz del Padre, su Pensamiento, su Gloria, su Hermosura, el Esplendor de todas sus perfecciones infinitas, devuelve a su Padre un amor semejante, igualmente eterno e infinito. Y, al encontrarse la corriente impetuosa de amor que brota del Padre con la que brota del Hijo, salta-por decirlo así un torrente de llamas, que es el Espíritu Santo: Amor único, aunque es mutuo, viviente y subsistente; abrazo, vínculo, beso inefable que consume al Padre y al Hijo en la unidad del Espíritu Santo.

El P. De Regnon expresa esta realidad inefable con una comparación muy bella. He la aquí:

*«¡Dios mío, Padre, Hijo y Espíritu Santo! ¿Me consentiréis una comparación tomada del más tierno de los amores entre vuestras obras? Yo me imagino dos pequeños gemelos que juegan entre sí y se abrazan a la vista de su madre. A aquella edad que ignora todavía el egoísmo, el amor brota derechamente del uno al otro, y no se oye más que un solo grito de alegría que sale a un mismo tiempo de ambos corazones: «Te quiero»; y la madre, íntimo testigo, se regocija con esta palabra: ~, ¡Se aman!»*

*« ¡Dios mío, Padre, Hijo y Espíritu Santo!, vuestro misterio es mucho más puro y bello. Es un Padre y un Hijo que se dicen mutuamente: “Te amo”, y esta exclamación es tanto más única cuanto la virtud de exhalarla viene a la vez del Padre y del Hijo; y este amor es de tal suerte íntimo, que es su propio y único testigo; y tan substancial, que es una tercera persona que los une».*

Por su parte, el docto y piadoso Sauvé saca de esta doctrina fecundas enseñanzas para la vida práctica. He aquí algunas de ellas:

*“En el Espíritu Santo se consuma el impulso del Padre hacia el Hijo y del Hijo hacia el Padre. «Hay-dice Santo Tomás-tendencia del Padre hacia el Hijo y recíprocamente, esto es: tendencia del amante hacia el amado» (1 37,1 ad 3). El amor de amistad tiende hacia fuera: ésta es su condición. Y así, en Dios, fuente y dechado del amor de caridad y amistad, hay un infinito impulso del Padre y del Hijo, uno hacia otro; impulso inmenso, viviente y personal. Y no penséis que ese impulso, al terminarse, al consumarse en el Espíritu Santo, deja de ser activo; antes lo es en tal grado, que grandes doctores, como San Cirilo, le llaman 4a Acción natural, viva y subsistente de la substancia divina»; o da perfecta, completa y viviente Operación, como dice San Atanasio.*

*El impulso de la luz, que recorre tan aceleradamente el espacio; el impulso del astro hacia su término, que huye constantemente delante de él; el impulso del meteoro que cae; el del rayo que hiende el cielo desde oriente a occidente; el del proyectil hacia su blanco; el del corazón más apasionado hacia su ídolo.... no son sino imitaciones lejanas del infinito impulso que hay en Dios.*

*Y este impulso divino y su término infinito, el Espíritu Santo, están en mi alma. ¿Hasta qué punto la arrastran? ¿Cuáles son mis aspiraciones hacia el Padre y el Hijo, de quienes el Espíritu Santo es el atractivo; y hacia el Espíritu Santo, atractivo divino en persona? ¿Cuáles son mis ardores apostólicos respecto de las almas? ¿Cuáles mis deseos del cielo, cuál mi impulso hacia Dios, belleza infinita; cuál mi esperanza de poseerle, cuál mi deseo de la virtud, de la perfección que me manda o aconseja; cuáles mis plegarias para obtener la gracia de servirle mejor acá abajo y de verle en el cielo, y cuáles mis temores de oferiderle y de verme eternamente privado de su amor por la condenación? ¡Infelices condenados! Separados de todo cuanto les embelesaba y seducía en la tierra, volverán a sentir en la eternidad este impulso hacia Dios que está en el fondo de nuestra naturaleza, y que el Espíritu Santo quería haber divinizado en ellos por la gracia y la gloria. Este impulso arrancará, por decirlo así, al alma de sí misma; pues, eternamente atraída por este profundo atractivo, no podrá ni querrá seguirlo; enormemente infeliz, será al propio tiempo eternamente perversa, no queriendo arrepentirse ni amar”.*

Y comentando, un poco más abajo, el nombre de *ósculo divino* entre el Padre y el Hijo con que la tradición cristiana designa también al Espíritu Santo, escribe todavía el mismo autor:

*«Pensemos en el ósculo más puro y tierno: en el beso de una madre a su hijo. ¡Cuántas cosas exquisitas se hallan en este beso! Mejor aún, pensemos en el beso que María, la más pura de las vírgenes y la más amorosa de las madres, daba al Niño Jesús, su hijo y su Dios, y en el beso que el divino Niño le devolvía. Pensemos en la unión de aquellas dos almas, en la fusión de aquellos dos corazones. Y de aquí levantémonos todavía más al ósculo y unión eterna del Padre y del Hijo. Este ósculo es el Espíritu Santo. ¡Oh ángeles y santos! Vosotros, que no alcanzaríais a decirnos la ternura y gozo que había en el beso de María y de su divino Niño, ¿podríais explicarnos el amor que hay en este ósculo ardiente, viviente, personal, que es el Espíritu Santo?»*

Yo sé, ¡oh Espíritu divino!, que sois también el ósculo con que Dios abraza al alma, y el alma abraza a su Dios. En vos es donde tiene con ella una comunicación inefable y una familiaridad que causaba estupor a los santos».

Efectivamente: estas realidades sublimes llenaban de admiración y de estupor a los santos. Bajo la acción de los dones del mismo Espíritu Santo, que les proporcionaban una inefable *experiencia de lo divino* 13, los santos desfallecían de amor ante estas maravillas que dejan indiferentes a la mayor parte de los hombres. Inmersos en la materia, preocupados únicamente por las cosas de la tierra, los corazones mundanos están del todo incapacitados no ya para *sentir*, sino incluso para entender estas divinas exquisiteces. Ya San Pablo advierte que «el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios; son para él locura y no puede entenderlas, porque hay que juzgarlas espiritualmente” (1 Cor. 2,14). En el cielo la contemplación de estas divinas maravillas constituirá el fondo substancial de nuestra eterna y embriagante felicidad.